

HOMENAJE A MARGARITA VILLASEÑOR, MAESTRA, POETA Y DRAMATURGA

Alejandra Herrera*

Resumen

Se trata de un texto dedicado a la escritora y maestra de la UAM-A, Margarita Villaseñor, quien falleció el 12 de agosto del 2011. En dicho texto se pretende señalar los valores humanos e intelectuales de esta poeta, que lejos de una perspectiva feminista, se afirma hondamente como mujer, en el ejercicio de la escritura y en todos los ámbitos de su vida.

Abstract

This is a text devoted to the writer and professor of the Humanities Department of UAM-A, who passed away on August 12th, 2011. Human and intellectual values of this poet are pointed out in this text. Far away being feminist, Margarita Villaseñor deeply states herself as a woman in her writings as well as in other fields of her life.

Palabras clave/Key words: homenaje, poesía, mujer, rito, amor /
homage, poetry, woman, rite, love.

[El 19 de septiembre de 1977, Margarita Villaseñor, Begoña Arteta y yo entramos a dar clases a la UAM Azcapotzalco. No obstante, mi encuentro con Margarita se dio poco a poco, Begoña fue el puente que nos acercó tiempo después. La recuerdo, en esos años de entonces, como una mujer bella, menuda y distinguida de ojos grandes y expresivos, boca delineada y carnosa cuya sonrisa siempre fue franca. Era una mujer con clase, de mundo, no cabía en ella la inseguridad. Nunca alardeaba de sus muchos conocimientos, de sus es-

* Profesora del Departamento de Humanidades.

tancias en el extranjero ni de su posición social. Uno percibía que se sentía a gusto en su piel y en su calidad de mujer.

Un día llegó al Departamento de Humanidades, y nos convidó unas toronjas cristalizadas que ella misma había preparado. No sólo me sorprendió el delicioso regalo, sino que me desconcertó, pues nunca se me ocurrió que Margarita cocinara. No la podía imaginar con un delantal puesto y rodeada de trastos, pastas, especias y la parafernalia culinaria. Begoña me contó una vez que cocinar era una de las aficiones favoritas de Margarita y que cuando estaba deprimida incluso a media noche se daba a la tarea de cocinar. ¡Cómo, pensé, Margarita se deprime! Otra sorpresa. No lo sabía, entonces, pero cocinar era otra muestra muy importante de la generosidad de Margarita.

Una noche, durante la presentación de un libro, en un edificio del centro histórico, Margarita dijo: ¿Por qué no nos vamos a aburrir a otra parte? Estaba con nosotras esa noche Rafael Velasco, su entrañable compañero y marido, quien rápidamente nos invitó a su casa, pues quería preparar un martini a Begoña. De ahí en adelante las puertas de la casa de Margarita y Rafael, en la colonia Roma, se abrieron de par en par para mí, Jacques y mis hijos, de la misma manera en que estuvieron abiertas para tantos amigos de ellos con quienes compartimos a la mesa, siempre bien puesta, los platillos y finezas a que Margarita y su indispensable Juanita nos acostumbraron. Todos esos momentos para mí fueron prodigiosos, especialmente, la sobremesa rica en conversaciones sobre personajes de nuestra cultura, teatro, cine, televisión, actores, poetas...

En otra ocasión tuve un encuentro hondo con Margarita, fue a través de *El rito cotidiano*, un pequeño volumen de poemas, publicado por la UNAM. Fue ahí donde Margarita me obsequió todo un universo en el que lo femenino se refunda y adquiere nuevos significados. Porque la razón de ser del rito, por más que se repita y se desleía, igual que la rutina de lo cotidiano, está inevitablemente ligado a lo sagrado, a lo universalmente primigenio, a los orígenes de nuestra especie. De ahí que el rito fundamental, por más traído y llevado por elegidos o el vulgo, sea el del amor que nos conduce a la primera causa, por eso su carácter sagrado. Cito un fragmento de su poema "Epifanía":

Oraré [...]
por el viento que lame el cuerpo
de las rocas.

Me pondré de rodillas delante del amor
frágil y translúcido
origen y éxodo de todo lo que existe
Oraré por el vocablo que designa
el universo y el canto
por los ancestros del cactus y la rosa
por el áspero contacto del rocío
por el incierto camino del insecto
por la finitud del sarmiento, del vino
y del renuevo. (159)

Dice Jaime Labastida que “La poesía más intensa es la que despierta un sentido que no se puede traducir a palabras. La poesía sugiere, evoca [...] o sea, va más allá de lo que, en sentido literal ‘dice’. Ahí reside su fuerza más profunda. [...] Debo decir que la palabra poética puede obtener este resultado sólo en contadas ocasiones, cuando ritmo, concepto, imagen y materia lingüística se conjugan en versos y frases poéticas [...] en una unión que podríamos considerar absoluta”.

A mí me parece que en el caso de la poesía de Margarita Villaseñor ocurre el milagro que menciona Labastida, pues para expresar lo indecible, lo innombrable ella cuida y renueva sus palabras, extrae las frases de su uso cotidiano y las provee de nuevos sentidos, construye imágenes en ritmos que tocan hondo en quienes las leen o escuchan. En “Naturaleza viva” hay un testimonio de este quehacer poético:

Amo más que nada en la vida
esos siglos tranquilos
en que lees y yo coso sin enhebrar
la aguja
en que tú escribes
y yo escribo sin enhebrar la aguja.
Amo el olor de la fritura,
el diálogo de sueños en la siesta,
el deleitoso engaño de probar la manzana,
el sigiloso andar de la penumbra,
el lento viento desgranando el tiempo
como quien corrompe una granada.
Amo tus abandonos temporales
pensando en no sé qué,

el campo abierto,
el renacido arce,
el transcurrir del día paso a paso
para no molestar, ni despertarnos. (124)

Y de ese sosiego en donde el tiempo se mide en siglos, la deshebra-
da aguja de Margarita cose mosaicos de gozo y el olor de la fritura
acompaña el reposo de los sueños; ahora enfrenta a solas, como to-
dos, como cada quien, el desamparo de la soledad y la nostalgia, así
lo manifiesta en “Preceptiva”:

Escribo en donde siempre has sido
ausencia
recuerdo o pensamiento,
ansiedad de volver a lo tangible,
para colmar el rutinario cauce.
Origen, rima y ritmo
que no puede decirse
torpeza de la boca y de la lengua.
Confundo mis señas personales:
Domicilio, nombre, ocupación.
Soy un testigo falso.
¿Quién eres?
Mi soledad más tibia,
la espiga malograda de sequía,
una saeta en el espejo
en la desconocida imagen de mí misma.

Un viernes de julio del año pasado, Margarita nos invitó a Begoña
Arteta, a Jacques, a Antonio Marquet y a mí, a comer a su casa. No
sabíamos que sería la última vez, qué bueno que no lo sabíamos. Es-
pecialmente nos consintió: para Bego unos sopos de tuétano, que
obviamente disfrutamos; para Jacques y Antonio caracoles a
la mantequilla y perejil, para todos carne a la Burguignon con guarni-
ción de verduras y para mí el postre: tiramisú. Era su despedida ca-
riñosa, plena de generosidad.

Este día quiero dar gracias “al divino laberinto [según diría Bor-
ges] de los efectos y las causas” por haber coincido en este camino
que es la vida con la hermosa Margarita, por el amor y la amistad,
por la plenitud del sol de Acapulco, y por el enorme don que le con-
cedió a Jacques la madrugada del 12 de agosto, cuando de su mano

le entregó el misterio de su último aliento, para ir a reencontrarse con su entrañable y anhelado Rafael, porque sin él le fue difícil entenderse ya en la vida. Ahora nos quedan los recuerdos, las anécdotas y su palabra:

Acaso la sombra de la muerte
se precisa en el otoño amante;
la he podido sentir
en el apresurado salto
con que mi amor se entrega,
en el impulso ciego de los días
que pasan
sin contienda
como si no quedaran otros siglos,
en el dolor que insiste en mi costado,
en un júbilo alerta y contenido,
en el cansancio que antes no sentía.
Acaso la sombra de la nada
se precisa
[...]
en la urgencia sí, en el desasosiego
que trae consigo esta viudez robustecida
que me hace llorarte en la casa vacía
pequeña, inmensa.